SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 AÑO II Nº 97 12 • 9 • 1999

RADAR libros



LAS MARAVILLAS DEL 2000

Las fantasías tecnológicas no fueron patrimonio exclusivo de Julio Verne. Emilio Salgari, en Las maravillas del 2000*, recientemente traducida por primera vez al español, utiliza la ficción futurista como modo de preguntarse si la humanidad entera no terminará por enloquecer.*

POR EMILIO SALGARI Habían transcurrido otras dos horas cuando el doctor Toby abrió finalmente los ojos, después de cien años en que los había mantenido cerrados. Tras una inmersión en una bañera llena de agua tibia que duraría un cuarto de hora, había comenzado a dar algunos signos de vida y a perder el tinte amarillento, pero fue necesaria una nueva inyección del filtro maravilloso para que el corazón reanudase sus funciones.

Después de los primeros latidos la rigidez de los músculos había desaparecido rápidamente y el color rosado había vuelto a su rostro junto con la circulación de la sangre.

Apenas abrió los ojos, su mirada se fijó en el señor Holker, que estaba allí cerca frotando el pecho de Brandok.

–Buen día... –le dijo su sobrino político acercándose rápidamente.

Toby permaneció mudo; aunque sus ojos hablaban por él. En su mirada había estupor, ansiedad, quizá miedo también.

–¿Me escucha? –preguntó Holker.

El doctor hizo un gesto afirmativo con la cabeza, después movió los labios varias veces, sin que pudiese emitir sonido alguno. Por cierto, la lengua todavía no había vuelto a adquirir su elasticidad después de haber estado tantos años inmovilizada.

–¿Cómo se siente? ¿Mal quizá?

Toby hizo un gesto negativo, después levantó las manos haciendo signos absolutamente incomprensibles para el señor Holker. De pronto las bajó, apuntando hacia el señor Brandok, que estaba acostado en una cama vecina.

–Me pregunta si su compañero está vivo o muerto, ¿no es verdad?

El doctor afirmó con un gesto.

–No tema, señor... tío, si no le molesta que lo llame con este título, ya que pertenezco a su familia, como descendiente de su hermana... No tema, también su compañero está por volver a la vida y dentro de poco abrirá los ojos. ¿Tiene dificultades para mover la lengua? Veamos, tío... yo también soy doctor, como usted.

Le abrió la boca y le tiró varias veces de la lengua, que parecía atrofiada, moviéndosela en todos los sentidos para hacerle adquirir la perdida agilidad.

–¿Funciona ahora?

Un sonido al principio confuso salió de los labios del doctor Toby; después un grito:

–¡La vida! ¡La vida!

–Gracias a su filtro, tío.

–¿Cien años?

–Sí, después de cien años de sueño –respondió Holker–. Por cierto, no creía que volvería a la vida.

–¡Sí! ¡Sí! –balbuceó el doctor.

En ese instante una voz débil dijo:

–¿Toby? ¿Toby?

El señor Brandok había abierto los ojos y miraba a su viejo amigo con un estupor fácil de comprender.

–¡Toby! –repitió por tercera vez, tratando de levantarse apoyándose en la almohada.

–No se mueva, señor Brandok –dijo Holker–. Es un placer darle los buenos días y también oírlo hablar. Quédense acostados; les hace falta un buen sueño, un sueño verdadero.

Se acercó a una mesita donde había varios frascos, tomó uno y vertió el contenido en dos tazas de plata.

–Beban esta infusión –agregó, extendiéndole a cada uno una taza–. Les dará fuerzas... ¡Ah!... me olvidaba de decirles que sus millones están seguros aquí, en mi casa... Vuelvan a acostarse, duerman bien y esta tarde comeremos juntos, estoy seguro.

El doctor Toby había murmurado:

–Gracias, mi lejano pariente. Después había cerrado nuevamente los ojos. El señor Brandok ya dormía, roncando sonoramente.

El señor Holker se quedó en la habitación algunos minutos, inclinándose ora sobre uno, ora sobre otro resucitado, repitiendo con visible satisfacción:

–Este es el verdadero sueño que volverá a darles fuerza. ¡Maravilloso filtro! He aquí un secreto que si se divulgase haría de mi antepasado el hombre más famoso del mundo. Dejémos los descansar. Creo que ya están a salvo.

Ocho horas después el doctor Toby fue despertado por un ligero silbido que parecía salir de debajo de la almohada.

Bastante sorprendido, se sentó, lanzando alrededor una mirada maravillada. En la habitación no había nadie y Brandok seguía roncando en la otra cama.

"¿Quién me silbó en el oído?", se preguntó. "¿Lo habré soñado?"

Estaba por despertar a Brandok cuando oyó una voz que parecía humana susurrarle al oído:

"Graves sucesos han ocurrido ayer en la ciudad de Cádiz. Los anarquistas de la ciudad submarina de Bressak, adueñándose de la nave *Hollendorf*, desembarcaron en la noche, haciendo volar con bombas varias casas. La población huyó y los anarquistas saquearon la ciudad. Se ha llamado a las armas a los voluntarios de Málaga y Alicante, que se trasladarán al lugar de la invasión con flotas aéreas. Se dice que Bressak fue destruida y que muchas familias anarquistas han muerto ahogadas."

Con desconcierto, el doctor había oído esa voz que anunciaba un espantoso desastre; después había levantado rápidamente la almohada, ya que la voz se había hecho oír justo detrás de la cabecera de la cama, y descubrió una especie de tubo en cuyo borde estaba escrito: "Suscripción al *World*".

–¡Una maravilla del 2000! –exclamó–. Los periódicos comunican directamente las noticias a casa de los suscriptores. ¿Habremos suprimido los periódicos y las máquinas para imprimirlos? En nuestros tiempos estas comodidades no se conocían todavía. ¡Cómo ha progresado el mundo! ♣

LOCOS DEL TERCER MILENIO



Salgari fue tan grande que no se limitó a bocetar el lado luminoso de la acción, la fuerza creadora del mar y de los montes: tampoco se le escapó el lado oscuro, que en los últimos años logró dominar al autor, precipitándolo en la insania

POR JORGE DI PAOLA Probablemente nadie como Emilio Salgari fue capaz de hacer feliz a tantos lectores. Inventó, al menos, la aventura y la selva. Durante un siglo los adolescentes (y no pocos adultos) encontraron en sus páginas la maravillosa intensidad de la vida, las pasiones del amor y la amistad, y la alegría de combatir por los compañeros y la patria. Encontraron también un mundo diferente y simpatizaron con hombres distintos. Puso a muchos en contacto con lo *otro*, nos acostumbró a tolerar y desear la diferencia, las costumbres distintas, las comidas, las vestimentas y las armas exóticas.

También dio lugar al coraje. Ninguna de las aventuras contadas por Salgari es posible sin un desbordante valor y una audacia descomunal. Todos los personajes, en su universo, miran el peligro de frente. Todos son tigres.

Salgari supo hacer (o al menos así nos lo hizo creer) de una región real una espléndida ínsula de la imaginación. Un lugar a partir del cual todos los muchachos urbanos de este siglo trazaron una parte de su personalidad y de sus creencias. Les proporcionó una cercanía con la naturaleza, les regaló el mar y los compinches. Los puso en peligro.

En sus *Memorias*, lleva hasta sus ancestros el origen personal de su amor por las aventuras, da testimonio de su aprendizaje de pirata en las islas de la Malasia, y de la mano del mismísimo Sandokán, en la isla de Mompracén, que todos creemos inventada.

Pero Salgari fue tan grande que no se limitó a bocetar el lado luminoso de la acción, la fuerza creadora del mar y de los montes: tampoco se le escapó el lado oscuro, que en los últimos años logró dominar al autor, precipitándolo en la insania, que lo obligó a clavarse feroces puñaladas en su propio pecho.

UNA RESURRECCIÓN MILAGROSA

Que el autor de *El tigre de Mompracén* haya escrito una novela de anticipación en el campo del imaginario propio de Julio Verne despertará cierta sorpresa en los admiradores de sus aventuras malayas. Ya había dado *otro universo* a sus lectores, no necesitaba internarse en una segunda fantasía, sujeta, además, a prueba de verdad.

A *20.000 leguas de viaje submarino* sólo le faltaron las patentes industriales, pero todos sus desarrollos fueron proféticos. Verne prefiguró un mundo en cierne; más que inventar se dedicó a diseñar, a darles letra a realizaciones especulativas.

Como el prisionero de un género hoy derivado a la futurología, Emilio Salgari no resiste el análisis sin heridas. El mismo año en que los hermanos Wrigth alcanzaron a volar 236 metros, él escribe sobre naves que agitan enormes alas de libélula y alcanzan a volar a la terrible velocidad de 150 kilómetros.

En general su física es rudimentaria y aun errónea. Los pedruscos de radium en las lámparas, más que anticiparse a las centrales nucleares, lo ponen en la inconsciencia de riesgos aterradores.

Pero el camino a buscar para leer *Las maravillas del 2000* y gozar de sus méritos escapan por completo a las restricciones de género.

Todos los hombres, en general, anticipan: somos seres *proyectados*. Las profecías, sin embargo, son raras. Fiodor Dostoievski creyó que nos esperaba el canibalismo, aunque acertó en el análisis de la derrota rusa por inferioridad tecnológica. En *El talón de hierro*, Jack London presiente el triunfo de la revolución socialista, describe su naturaleza humanitaria, y no olvida los años de guerra social, prefigurando el nazismo y los combates civiles.

Hay utopías a veces módicas, ideas que no se animan a generar un libro de anticipación. Borges sostuvo que en el futuro cada uno será su propio escritor y que, si supiéramos cómo va a ser leído un libro dentro de cien años, sabríamos cómo sería esa literatura del porvenir. No sólo los escritores imaginan mundos alternativos. Todos los hombres quieren un mundo diferente y sueñan con él, y una vez perdido Eldorado, la idea de un mundo que fue mejor, sólo nos queda poner el paraíso en la incómoda región de lo que vendrá.

Así, lo que nos gusta y nos disgusta puede componer la trama y las circunstancias de esas novelas, dichas en los oídos de nuestras personas de confianza. Un mundo con lo que nos gusta y sin lo que nos disgusta. Una complacencia obtenida en la ficción.

Así parece haber actuado Salgari en sus fantasmagorías. Porque sus *Maravillas* contienen también pesadillas. Salgari no comete, en realidad, errores de anticipación, que debilitarían su libro, sino que escribe un libro doble, que en su primera mitad se asombra con los triunfos de la ciencia: "La ciencia ha vencido a todo y a todos", dice. Pero al promediar su relato se precipita en el horror y en la violencia de las fuerzas de la naturaleza. En sus líneas finales lanza una profecía dentro de la profecía: "Pregunto si la humanidad entera, en un tiempo más o menos lejano, no terminará por enloquecer".

EL RETORNO DE LO REPRIMIDO

Las maravillas del 2000 encierran el misterio que siempre fue la literatura de Salgari. Desgreñada, a veces distraída, apresurada y a menudo torpe, es salvada por la genialidad y ese infatigable interés que despierta más allá de toda reiteración y chapucería. Salgari obliga a pensar en las excepciones a la ciencia literaria y los paradigmas de la crítica.

Así, en un juego de contrastes, *Las maravillas del 2000* pretende admirar el poder de la ciencia, pero sucumbe ante huracanes y erupciones volcánicas propias de las mitologías, ante las cuales nada puede la admirada maquinaria de capítulos atrás. Si bien "Estos hombres modernos han pensado todo y han perfeccionado todo", el "mundo ha cambiado, pero la naturaleza no ha perdido nada de su violencia brutal".

Ciertamente, a este libro no le faltan los trucos de una tecnología descripta para el asombro de sus contemporáneos. Pero su mérito mayor se encuentra en esa terrible presencia de la locura, puesta tan cerca de la razón científica, y situada en los intersticios de ideas en el borde de la crueldad.

Esta es una ficción que en realidad no pertenece a un género definido sino en sus apariencias: en sus páginas conviven las apelaciones a un mundo perfeccionado por la ciencia y en busca de la felicidad, con la inhumanidad de las leyes modernas (vecinas del horror) y el espanto de una cultura que ha resultado aún más brutal. Hay momentos en que se emparienta lejanamente con el *Frankenstein* de Mary Schelley en su pesimismo tecnológico: "No valía la pena volver a la vida después de 100 años para tener semejantes aventuras".

Viajeros en el tiempo para gozar del progreso, los personajes de *Las maravillas del 2000* se enfrentan con su propia inmolación, tomados por locos ante el altar de la psiquiatría del futuro.♣

Un futuro electrizante

POR PABLO CAPANNA Salgari (1862-1911) nunca se alejó mucho de Verona, pero con apenas unos pocos viajes de cabotaje logró fascinar a varias generaciones con paisajes exóticos que jamás había visitado. Fue el galeote arquetípico que vivió bordeando la miseria, y acabó dedicándoles el suicidio a sus editores. Fiel a su exotismo, se hizo el harakiri.

Se le atribuyen casi cien libros, pero de haber conocido el procesador de textos hubiera podido competir con los trescientos de Asimov. Su descuidado estilo (escribió frases como "nos aventuramos en una jungla que nunca antes había pisado la mano del hombre") lo compensaba con una acción incesante y cierto sentido del humor. Era admirador de Garibaldi y sus héroes románticos (Sandokán, el Corsario Negro, Testa di Pietra) luchaban contra el Imperio Británico. Fue el maestro de la aventura; no dejó género sin tocar: escribió historias orientales, de marinos, de piratas y vaqueros, como después lo harían Luigi Motta, Karl May o Murray Leinster.

No hay que olvidar que en su mundo aún quedaban lugares misteriosos o desconocidos y había cabida para exploradores y aventureros. También estaba el futuro, donde la segunda revolución industrial parecía prometer la utopía.

Sólo le faltaba atreverse con la ciencia ficción, sin ser Julio Verne ni mucho menos Wells. El resultado fue *Las maravillas del 2000*, un libro de escritura apresurada y ritmo desparejo, que resulta un verdadero híbrido.

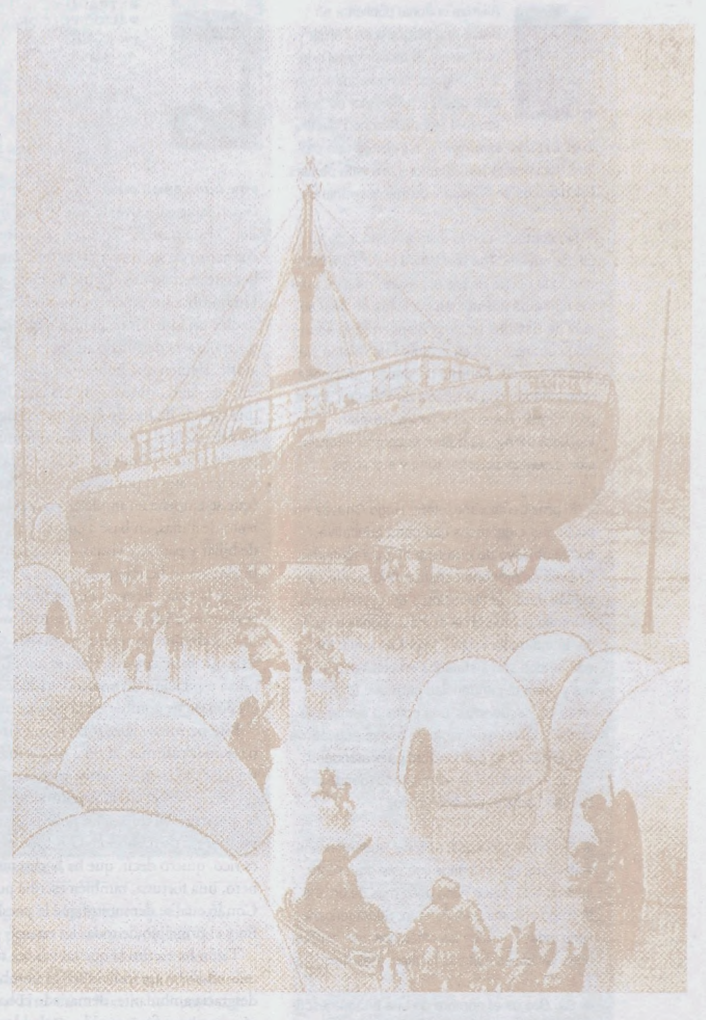
Arranca con una "visita guiada" por la fantástica tecnología del siglo XX, casi un eco de esa Exposición Universal de París que había llevado a Henry Adams a arrodillarse ante las dínamos y a José Martí a vaticinarle un gran futuro a la Argentina. Pero enseguida vuelve por sus fueros, e injerta en ese mundo artificial los lugares de la aventura: el mar de los Zargazos y una inconcebible isla poblada de fieras. El abrupto final, apremiado quizá por la necesidad de cobrar algunas liras, termina alertando sobre los peligros de la electricidad, que vuelve locos a los hombres.

Aquí es donde surge con crudeza el imaginario de un tiempo que quería confiar en la tecnología como antes había creído en Dios o en la ciencia. Sus tranvías anfibios, trenes neumáticos, túneles polares o cuadriplanos nos resultan engendros grotescos. Son meras extrapolaciones a partir de lo conocido, como el trencito que lleva el almuerzo a la mesa. Más gracioso aún es que la Nueva York del futuro tenga "torres y campanarios".

Entre la andanada de ideas que dispara, algunas dan en el blanco: hay centrales hidroeléctricas, máquinas expendedoras, radares, grandes submarinos y algo parecido a la CNN. También se han extinguido las ballenas y el Imperio Británico. Hace unos años nos hubiéramos reído de su predicción sobre el fracaso del socialismo real ("una hermosa utopía que llevaba una suerte de esclavitud"), pero el fin de siglo encuentra una Rusia republicana, por cierto menos próspera que la imaginada por Salgari.

Abolidos los "experimentos sociales", ha vuelto a haber pobres y ricos, pero no parece haber tantos pobres como hoy. No hay viajes espaciales, pero sí fluidas comunicaciones con Marte, que por supuesto tiene un orden social parecido al europeo.

La población mundial de hoy duplica a la que imaginó Salgari, quien quizá creyó exagerar, pero no tenemos que vivir bajo tierra, y la tecnología puede producir alimentos para todos. No hemos llegado a abolir las guerras, como creyeron Salgari y Fukuyama, pero las guerras posmodernas se parecen a demoliciones. Lo último que hubiera imaginado Salgari es que sus tigres de Mompracem se dedicarían hoy a las finanzas o a la electrónica.



Sin especular demasiado, nuestro ingenuo autor se hace eco de todas las ideas que entonces flotaban en el ambiente, incluyendo aquellas que llevarían a las peores aberraciones de este siglo de maldad insolente.

Sin especular demasiado, nuestro ingenuo autor se hace eco de todas las ideas que entonces flotaban en el ambiente, incluyendo aquellas que llevarían a las peores aberraciones de este siglo de maldad insolente,como luego diría Discépolo. Cuando escribía Salgari, faltaban pocos años para la Primera Guerra Mundial.

En el libro se habla mucho de razas, un tema habitual en el discurso culto de entonces: se evoca el "peligro amarillo" y preocupa la retracción de la raza blanca, a pesar de que en la ficción seguimos viéndola dueña de la situación.

Mucho se ha hablado del optimismo científico-tecnológico de esos tiempos, pero no todo el progresismo técnico era optimista. Si no, pensemos en Verne, que tardíamente ha sido reconocido como un pesimista radical.

Fascinado por el fatalismo tecnológico, Salgari no imagina nada que pueda parecerse a un progreso social. Los socialistas se han extinguido, o vegetan confinados en insignificantes colonias. Los anarquistas, que entonces eran numerosos, son perseguidos como ratas. Contra todos los pronósticos, en nuestro fin de siglo también volvemos a encontrar anarquistas y nihilistas, pero sólo comparten el nombre con los de antaño.

Sin pensarlo mucho, Salgari también saca otra consecuencia del progreso tecnológico indefinido: el "fin del trabajo". En su mundo, los obreros se han extinguido: sólo quedan unos pocos "mecánicos" para dirigir las máquinas, que lo hacen todo. Aunque, quizá pensando que entre sus lectores habría muchos obreros, se apresura a tranquilizarlos: los antiguos obreros se han vuelto pescadores y agricultores. Desgraciadamente, no pudo imaginar que esas actividades también caerían bajo la revolución tecnológica, de manera que hoy tenemos más desocupados que pescadores.

Sin embargo, en un pasaje anterior habla de una desigualdad alimentaria entre pobres y ricos. Los primeros reciben en sus casas suculentos platos elaborados por los mejores cocineros. Los obreros –que aquí parecerían ser mayoría– se alimentan, en cambio, con píldoras –una típica fantasía futurista– porque no tienen tiempo que perder. Quizá servidas por una máquina de comer como la que Chaplin imaginaría en *Tiempos modernos*, treinta años después.♣



NOTICIAS DEL MUNDO

Alianza editorial publicará en breve una biografía de Fernando Pessoa, el monumental poeta portugués, firmada por el también poeta e historiador de la literatura Robert Bréchon. Su título es *Extraño, extranjero* y, a partir de una profusa documentación, el autor suministra perfiles psicológicos de Pessoa y de sus heterónimos.

No contento con el éxito arrollador de su última novela, *The Girl Who Loved Tom Gordon*, que ocupa desde el pasado mes de abril los primeros puestos en las listas de *best sellers* de Estados Unidos, Stephen King anunció la aparición de su volumen de relatos *Hearts in Atlantis*. Se trata de cinco narraciones relacionadas con la guerra de Vietnam. En la página web del escritor (**www.utopianweb.com/king**) se puede encontrar información actualizada sobre King y sus libros.

El presidente venezolano Hugo Chávez impulsa una gigantesca campaña educativa, con el objetivo de erradicar el analfabetismo. Chávez se propone construir 500 nuevas escuelas para dar ubicación a 600.000 nuevos alumnos (lo que en la práctica significa duplicar la matrícula inicial). Mientras tanto, los educandos son instalados en cuarteles militares y otras dependencias públicas. Entre otras consecuencias, una política semejante obliga a la industria local de textos educativos a intensificar su producción, para atender a los ocho millones de estudiantes (desde preescolar hasta el noveno grado).

El viernes pasado la editorial Sudamericana festejó sus sesenta años con una gran fiesta. Incorporada desde hace poco más de un año al grupo editorial Bertelsmann, Sudamericana tiene todavía uno de los catálogos más sólidos entre las casas editoras locales. ¡Felicitaciones!

Big Box es el nombre de una historia escrita a cuatro manos por la escritora Toni Morrison y su hija de nueve años. Es el primer título infantil de la ganadora del Premio Nobel, que se suma así al pequeño mundillo de "grandes" autores que escriben para chicos.

Olivier Bétourné, vicepresidente director general de Fayard, puso en guardia a los franceses contra el "modelo americano" en materia de edición y de comercialización del libro. Bétourné reivindica un modelo que tenga en cuenta las ediciones de tiradas pequeñas y la venta en librerías. Más allá del tono de barricada, Bétourné parece olvidar que el mercado actual está totalmente transnacionalizado.

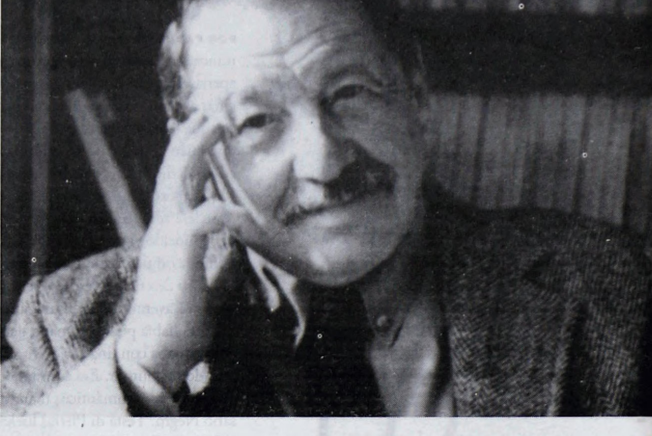
En noviembre próximo se realizará en Buenos Aires la Feria nacional del libro de autor novel. La inscripción para participar vence el 30 de septiembre próximo. Mayor información al teléfono 43 83 25 76.

Entre el 1 y el 3 de mayo del año próximo se realizará en Buenos Aires el XXVI Congreso de la Unión Internacional de Editores, que reúne cada cuatro años a los principales editores de todo el mundo. Algunas de las temáticas que reunirán a la flor y nata de la edición son: El editor en el nuevo milenio: derechos, responsabilidades, desafíos, Hacia una ética de la edición, ¿Tiene futuro el libro?, ¿Cómo leen los que no leen?, Nuevas tecnologías y nuevos soportes de edición. Independientemente de los resultados de los debates (sobre los que oportunamente informaremos), la gente viene dispuesta a pasarla muy bien. Que así sea.

El fuego de la especie



EXTRAÑO Y PÁLIDO FULGOR
Héctor Tizón
Alfaguara
Buenos Aires, 1999
206 págs. $ 17



POR GUILLERMO PIRO "Era un hombre sin experiencia colectiva, lo que se dice un individuo". Esta frase de Céline, que Sartre citó al comienzo de su novela *La náusea*, podría haber encabezado esta última de Héctor Tizón. Un hombre sin experiencia colectiva, lo que se dice un individuo, alguien a quien ni siquiera le está destinado su cuarto de hora de gloria, alguien que hubiera preferido ser poeta "en vez del hombre que había llegado a ser", una especie de Joseph K. al que ni siquiera le ha sido dado el privilegio de un nombre, empleado y luego vendedor de la tienda de ramos generales al por mayor de J.J. Niemeyer (que se empeña en modelar –como un arquitecto de almas, en base a consejos y partidas de billar y paseos y visitas al prostíbulo del pueblo– a su heredero espiritual, a su aprendiz de la vida), lleva una existencia que la experiencia cotidiana fuerza a considerar normal, dado que no resulta ser ni más ni menos feliz que la de cualquier sujeto anónimo cuya única aspiración de trascender reside en la inclusión de su nombre en la guía telefónica.

Este personaje hace todo lo que hace falta para poder afirmar, al final de sus días, "no fui feliz": se casa, se separa, pierde un hijo en un accidente callejero, y, naturalmente, escribe poemas. "Si uno es un pobre desgraciado, un muerto de hambre, escribe poesía; si uno es rico, quiero decir, que ha hecho mucho dinero, una fortuna, también escribe poesía. Con lo cual se demuestra que la poesía es el fin y el principio de todas las cosas."

Tizón ha escrito la que tal vez sea su obra más nihilista: ese individuo sin nombre, esa desgracia ambulante, demasiado cobarde quizá para poner fin a su vida, probablemente porque sabe que siempre es tarde para suicidarse, un buen día encuentra en la habitación de un hotel de pueblo una carta dirigida por una mujer a otro hombre, un enigmático infeliz que poco tiempo antes optó por colgarse en la alameda de un pueblo perdido en la áspera provincia. La mujer que escribió esa carta decide abandonar la partida, y su lugar a su vez pasa a ser ocupado por otra Eva de la infelicidad, Clara, una pobre muchacha nieta de un "uxoricida" inimputable. Todo es así en este nuevo libro de Tizón, triste y desesperanzado hasta el límite de lo tolerable.

Con una lengua "alta", pulcra, transparente, que transcribe con exactitud el horror de lo cotidiano, el mundo pequeño burgués con sus inolvidables mezquindades, Tizón escribió un libro que es a la vez una obra maestra y un testamento negativo, uno de esos regalos que trasuntan tanta inquietud y pesadumbre que hubiéramos preferido no recibirlo. Pero no se lee para ser feliz: todo lo contrario. En estos tiempos de escasez, la misericordia es lo primero que se pierde, nos dice Tizón, y uno se pregunta qué clase de animal es el hombre cuando lee y la desgracia lo abruma.

La lectura de *Extraño y pálido fulgor*, además de ser inevitable para comprender el devenir de este autor argentino, de este Dante autóctono refinado y perverso, que odia la comedia y la farsa, que odia las vías intermedias, las medias tintas, los colores pastel, y que ama abandonar a sus personajes a los destinos terribles, a los coqueteos en blanco y negro, o a lo sumo grises, con la metafísica apocalíptica, vuelca su resentimiento y su profundo pesimismo en esta fábula melancólica donde nada llega a realizarse, ni siquiera el encuentro fortuito entre dos seres que están destinados a amarse con la locura de los predestinados.

El estilo de Tizón evoca el temblor de los recuerdos, la fuerza de los sentimientos y las herencias que los hicieron posibles, y devela en descripciones mortecinas la vocación instintiva de vivir a toda costa, a cualquier precio. No hay en una sola de estas páginas un impulso, una frustración, un proyecto vano que no pueda ser compartido. Tizón no es realista, porque no habla de la realidad sino de quienes inconscientemente la configuran; es antiépico, porque ni las opciones ni las frustraciones ni los desgarros que narra sirven para cambiar las existencias individuales. *Extraño y pálido fulgor* es más que una galería interminable de desencuentros y menos que una historia: es el maravilloso proyecto imaginario de un monumento al ser humano desconocido.♣

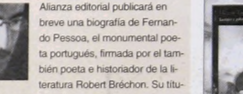
Pinta tu aldea



MICROCOSMOS
Claudio Magris
trad. J. A. González Sainz
Anagrama
Barcelona, 1999
322 págs. $ 23

POR CLAUDIA SCHVARTZ Como en *Otro Mar* y *El Danubio*, algunos de los títulos anteriores de Claudio Magris, *Microcosmos* cuenta un viaje, pero no ya a la Patagonia o al corazón de la Mitteleuropa, sino un viaje por su propio territorio, la Italia del norte, a orillas del Adriático, el mar "de toda persuasión y todo abandono". Con Marisa Medieri, su mujer, y Francesco y Paolo, sus hijos, a lo largo de los años visita una y otra vez Valcellina, pago de sus abuelos, el archipiélago y la laguna, La Colina piamontesa y el Tirol. El tiempo vuelve a enredarse en los paisajes haciendo hablar al mito y en su devenir van superponiéndose la historia y la geografía, la política y la literatura, pura evocación desde la mesa del Café San Marcos –"donde no es nadie"–, en el corazón de Trieste, la ciudad de Magris, de Svevo, Saba y Joyce. Organizando por zonas el viaje (de algún modo había que ordenar una geografía tan abigarrada para una historia igualmente imbricada), Magris combina recuerdos, evoca pensamientos: escribe. Y *Microcosmos* –individuo que refleja su universo– resulta una extraordinaria experiencia de lectura. Si "toda identidad es también horrible, porque para existir tiene que trazar una divisoria y rechazar a quien está en la otra parte (un acto de voluntad, heroico y artificioso que prueba que uno quiere ser distinto de sí mismo, desnaturalizarse, mestizarse)", esa noción implica también frontera, "un ídolo que exige sacrificios de sangre" y define a la historia como "una mudanza, un llevar y traer enseres de un cuarto al otro". Y en esa región de dialectos que fundan literaturas (Pasolini, Saba, Voghera, Bagio Marin y los otros), donde el croata se italianiza y el italiano resulta croata, finalmente el único territorio es la lengua, territorio primordial y más allá de los controles políticos o policiales. Como metáfora de la extranjera, Magris analiza a Medea en forma memorable. Y escribe en la página 233: "Sin judíos, los alemanes son un cuerpo carente de una sustancia necesaria para el organismo; los judíos son más autosuficientes, pero en casi todo judío hay algo de alemán. Toda pureza étnica conduce al raquitismo y al bocio. El nazismo, como toda barbarie, fue también imbécil y autolesionista; al exterminar a millones de judíos, mutiló a la civilización alemana y destruyó, quién sabe si para siempre, la centroeuropea". Confiando en la sintaxis como premisa de honestidad, el germanista Magris, entre cuyos ancestros hay un santo, hace hablar por igual a campesinos, poetas, nobles y pescadores. Su sensibilidad logra que su erudición no sea un peso. Tiene, además, una mirada hacia la mujer que no es de solidaridad sino de íntima comprensión. Y porque "viajar, como contar –como vivir– es omitir", a lo largo de todo *Microcosmos*, como escapándose al silencio que por pudor se impone, surge una desesperante congoja: Magris evoca a las mil Marisas que ya no tendrá a su lado. La idea de la pérdida recorre todo el libro y estalla en un capítulo final desolado y lírico. Si bien la traducción es torpe, la lectura de *Microcosmos* (Premio Strega) resulta indispensable: en época tan canalla, la de Magris es una voz que no se distrajo.♣

NOTICIAS DEL MUNDO





Alianza editorial publicará en breve una biografía de Fernando Pessoa, el monumental poeta portugués, firmada por el también poeta e historiador de la literatura Robert Bréchon. Su título es *Extraño, extranjero* y, a partir de una profusa documentación, el autor suministra perfiles psicológicos de Pessoa y de sus heterónimos.

◆ No contento con el éxito arrollador de su última novela, *The Girl Who Loved Tom Gordon*, que ocupa desde el pasado mes de abril los primeros puestos en las listas de *best sellers* de Estados Unidos, Stephen King anunció la aparición de su volumen de relatos *Hearts in Atlantis*. Se trata de cinco narraciones relacionadas con la guerra de Vietnam. En la página web del escritor (**www.utopian-web.com/king**) se puede encontrar información actualizada sobre King y sus libros.

El presidente venezolano Hugo Chávez impulsa una gigantesca campaña educativa, con el objetivo de erradicar el analfabetismo. Chávez se propone construir 500 nuevas escuelas para dar ubicación a 600.000 nuevos alumnos (lo que en la práctica significa duplicar la matrícula inicial). Mientras tanto, los educandos son instalados en cuarteles militares y otras dependencias públicas. Entre otras consecuencias, una política semejante obliga a la industria local de textos educativos a intensificar su producción, para atender a los ocho millones de estudiantes (desde preescolar hasta el noveno grado).

◆ El viernes pasado la editorial Sudamericana festejó sus sesenta años con una gran fiesta. Incorporada desde hace poco más de un año al grupo editorial Bertelsmann, Sudamericana tiene todavía uno de los catálogos más sólidos entre las casas editoras locales. ¡Felicitaciones!

◆ *Big Box* es el nombre de una historia escrita a cuatro manos por la escritora Toni Morrison y su hija de nueve años. Es el primer título infantil de la ganadora del Premio Nobel, que se suma así al pequeño mundillo de "grandes" autores que escriben para chicos.

◆ Olivier Bétourné, vicepresidente director general de Fayard, puso en guardia a los franceses contra el "modelo americano" en materia de edición y de comercialización del libro. Bétourné reivindica un modelo que tenga en cuenta las ediciones de tiradas pequeñas y la venta en librerías. Más allá del tono de barricada, Bétourné parece olvidar que el mercado actual está totalmente transnacionalizado.

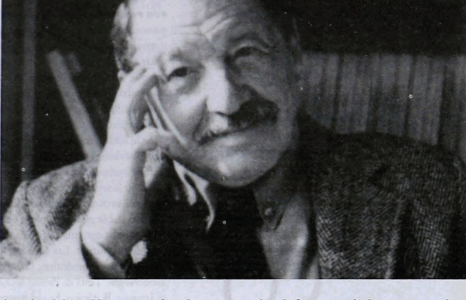
◆ En noviembre próximo se realizará en Buenos Aires la Feria nacional del libro de autor novel. La inscripción para participar vence el 30 de septiembre próximo. Mayor información al teléfono 43 83 25 76.

◆ Entre el 1 y el 3 de mayo del año próximo se realizará en Buenos Aires el XXVI Congreso de la Unión Internacional de Editores, que reúne cada cuatro años a los principales editores de todo el mundo. Algunas de las temáticas que reunirán a la flor y nata de la edición son: El editor en el nuevo milenio: derechos, responsabilidades, desafíos, Hacia una ética de la edición, ¿Tiene futuro el libro?, ¿Cómo leen los que no leen?, Nuevas tecnologías y nuevos soportes de edición. Independientemente de los resultados de los debates (sobre los que oportunamente informaremos), la gente viene dispuesta a pasarla muy bien. Que así sea.

El fuego de la especie



EXTRAÑO Y PÁLIDO FULGOR
Héctor Tizón
Alfaguara
Buenos Aires, 1999
206 págs. $ 17



POR GUILLERMO PIRO "Era un hombre sin experiencia colectiva, lo que se dice un individuo". Esta frase de Céline, que Sartre citó al comienzo de su novela *La náusea*, podría haber encabezado esta última de Héctor Tizón. Un hombre sin experiencia colectiva, lo que se dice un individuo, alguien a quien ni siquiera le está destinado su cuarto de hora de gloria, alguien que hubiera preferido ser poeta "en vez del hombre que había llegado a ser", una especie de Joseph K. al que ni siquiera le ha sido dado el privilegio de un nombre, empleado y luego vendedor de la tienda de ramos generales al por mayor de J.J. Niemeyer (que se empeña en modelar –como un arquitecto de almas, en base a consejos y partidas de billar y paseos y visitas al prostíbulo del pueblo– a su heredero espiritual, a su aprendiz de la vida), lleva una existencia que la experiencia cotidiana fuerza a considerar normal, dado que no resulta ser ni más ni menos feliz que la de cualquier sujeto anónimo cuya única aspiración de trascender reside en la inclusión de su nombre en la guía telefónica.

Este personaje hace todo lo que hace falta para poder afirmar, al final de sus días, "no fui feliz": se casa, se separa, pierde un hijo en un accidente callejero, y, naturalmente, escribe poemas. "Si uno es un pobre desgraciado, un muerto de hambre, escribe poesía; si uno es rico, quiero decir, que ha hecho mucho dinero, una fortuna, también escribe poesía. Con lo cual se demuestra que la poesía es el fin y el principio de todas las cosas."

Tizón ha escrito la que tal vez sea su obra más nihilista: ese individuo sin nombre, esa desgracia ambulante, demasiado cobarde quizá para poner fin a su vida, probablemente porque sabe que siempre es tarde para suicidarse, un buen día encuentra en la habitación de un hotel de pueblo una carta dirigida por una mujer a otro hombre, un enigmático infeliz que poco tiempo antes optó por colgarse en la alameda de un pueblo perdido en la áspera provincia. La mujer que escribió esa carta decide abandonar la partida, y su lugar a su vez pasa a ser ocupado por otra Eva de la infelicidad, Clara, una pobre muchacha nieta de un "uxoricida" inimputable. Todo es así en este nuevo libro de Tizón, triste y desesperanzado hasta el límite de lo tolerable.

Con una lengua "alta", pulcra, transparente, que transcribe con exactitud el horror de lo cotidiano, el mundo pequeño burgués con sus inolvidables mezquindades, Tizón escribió un libro que es a la vez una obra maestra y un testamento negativo, uno de esos regalos que trasuntan tanta inquietud y pesadumbre que hubiéramos preferido no recibirlo. Pero no se lee para ser feliz: todo lo contrario. En estos tiempos de escasez, la misericordia es lo primero que se pierde, nos dice Tizón, y uno se pregunta qué clase de animal es el hombre cuando lee y la desgracia lo abruma.

La lectura de *Extraño y pálido fulgor*, además de ser inevitable para comprender el devenir de este autor argentino, de este Dante autóctono refinado y perverso, que odia la comedia y la farsa, que odia las vías intermedias, las medias tintas, los colores pastel, y que ama abandonar a sus personajes a los destinos terribles, a los coqueteos en blanco y negro, o a lo sumo grises, con la metafísica apocalíptica, vuelca su resentimiento y su profundo pesimismo en esta fábula melancólica donde nada llega a realizarse, ni siquiera el encuentro fortuito entre dos seres que están destinados a amarse con la locura de los predestinados.

El estilo de Tizón evoca el temblor de los recuerdos, la fuerza de los sentimientos y las herencias que los hicieron posibles, y devela en descripciones mortecinas la vocación instintiva de vivir a toda costa, a cualquier precio. No hay en una sola de estas páginas un impulso, una frustración, un proyecto vano que no pueda ser compartido. Tizón no es realista, porque no habla de la realidad sino de quienes inconscientemente la configuran; es antiépico, porque ni las opciones ni las frustraciones ni los desgarros que narra sirven para cambiar las existencias individuales. *Extraño y pálido fulgor* es más que una galería interminable de desencuentros y menos que una historia: es el maravilloso proyecto imaginario de un monumento al ser humano desconocido.♣

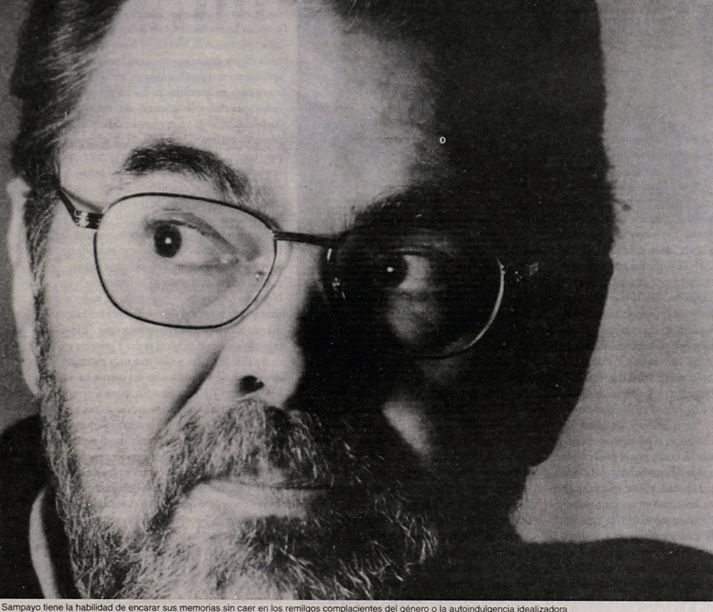
Pinta tu aldea



MICROCOSMOS
Claudio Magris
trad. J. A. González Sainz
Anagrama
Barcelona, 1999
322 págs. $ 23

POR CLAUDIA SCHVARTZ Como en *Otro Mar* y *El Danubio*, algunos de los títulos anteriores de Claudio Magris, *Microcosmos* cuenta un viaje, pero no ya a la Patagonia o al corazón de la Mitteleuropa, sino un viaje por su propio territorio, la Italia del norte, a orillas del Adriático, el mar "de toda persuasión y todo abandono". Con Marisa Medieri, su mujer, y Francesco y Paolo, sus hijos, a lo largo de los años visita una y otra vez Valcellina, pago de sus abuelos, el archipiélago y la laguna, La Colina piamontesa y el Tirol. El tiempo vuelve a enredarse en los paisajes haciendo hablar al mito y en su devenir van superponiéndose la historia y la geografía, la política y la literatura, pura evocación desde la mesa del Café San Marcos –"donde no es nadie"–, en el corazón de Trieste, la ciudad de Magris, de Svevo, Saba y Joyce. Organizando por zonas el viaje (de algún modo había que ordenar una geografía tan abigarrada para una historia igualmente imbricada), Magris combina recuerdos, evoca pensamientos: escribe. Y *Microcosmos* –individuo que refleja su universo– resulta una extraordinaria experiencia de lectura. Si "toda identidad es también horrible, porque para existir tiene que trazar una divisoria y rechazar a quien está en la otra parte (un acto de voluntad, heroico y artificioso que prueba que uno quiere ser distinto de sí mismo, desnaturalizarse, mestizarse)", esa noción implica también frontera, "un ídolo que exige sacrificios de sangre" y define a la historia como "una mudanza, un llevar y traer enseres de un cuarto al otro". Y en esa región de dialectos que fundan literaturas (Pasolini, Saba, Voghera, Bagio Marin y los otros), donde el croata se italianiza y el italiano resulta croata, finalmente el único territorio es la lengua, territorio primordial y más allá de los controles políticos o policiales. Como metáfora de la extranjera, Magris analiza a Medea en forma memorable. Y escribe en la página 233: "Sin judíos, los alemanes son un cuerpo carente de una sustancia necesaria para el organismo; los judíos son más autosuficientes, pero en casi todo judío hay algo de alemán. Toda pureza étnica conduce al raquitismo y al bocio. El nazismo, como toda barbarie, fue también imbécil y autolesionista; al exterminar a millones de judíos, mutiló a la civilización alemana y destruyó, quién sabe si para siempre, la centroeuropea". Confiando en la sintaxis como premisa de honestidad, el germanista Magris, entre cuyos ancestros hay un santo, hace hablar por igual a campesinos, poetas, nobles y pescadores. Su sensibilidad logra que su erudición no sea un peso. Tiene, además, una mirada hacia la mujer que no es de solidaridad sino de íntima comprensión. Y porque "viajar, como contar –como vivir– es omitir", a lo largo de todo *Microcosmos*, como escapándose al silencio que por pudor se impone, surge una desesperante congoja: Magris evoca a las mil Marisas que ya no tendrá a su lado. La idea de la pérdida recorre todo el libro y estalla en un capítulo final desolado y lírico. Si bien la traducción es torpe, la lectura de *Microcosmos* (Premio Strega) resulta indispensable: en época tan canalla, la de Magris es una voz que no se distrajo.♣

Los discos del perseguidor



Sampayo tiene la habilidad de encarar sus memorias sin caer en los remilgos complacientes del género o la autoindulgencia idealizadora



MEMORIAS DE UN LADRÓN DE DISCOS
Carlos Sampayo
Norma
Buenos Aires, 1999
284 págs. $ 21

Por GUILLERMO SACCOMANNO La escritura del jazz, se ha dicho, está marcada por la improvisación. Pero esa espontaneidad nunca es gratuita. Según Carlos Sampayo, Louis Armstrong opinaba que lo difícil es contar algo. "Armstrong decía que debe estar detrás de cada solo cuando el solista se dispone a decir su verdad, de lo contrario divaga". *Memorias de un ladrón de discos,* de Carlos Sampayo, es, en este sentido, un solo que cuenta una historia, un solo inspiradísimo que en ningún momento pierde conciencia ni de su historia (la personal, la autobiográfica) ni de la atención del lector (¿o deberíamos decir el que escucha?). En efecto, se trata de un libro de memorias, pero también de "algo" más: un ejercicio proustiano desaforado que a la vez que urde las obsesiones del ladrón de discos de jazz (un devoto compulsivo, un capitán Ahab obsesionado con la aparición de la próxima ballena), urde una historia social y colectiva. Pero, cabe preguntarse: ¿Es *Memorias* un libro de jazz? En efecto, lo es. Pero (como el solo planteado por Armstrong) es también "algo más". Es un pequeño tratado sobre los gustos de una generación que, en lo que va de los 60 a los 70, encontró en el jazz la música que le correspondía a sus cuestionamientos. "El jazz mismo, en mi país, era "ajeno al sentir nacional", escribe Sampayo. "Como el marxismo, el psicoanálisis, la religión judía (y el pueblo que lo practicaba); más tarde también las matemáticas estructurales eran puestas fuera de la ley por decreto porque, explicaría más tarde el responsable de aquel acierto purificador, atentaban contra los postulados de la lógica formal, promoviendo la subversión." Sampayo tenía quince años cuando descubrió el jazz (o el jazz lo descubrió a él). Desde entonces, su pasión por el jazz fue agravándose. Las aventuras del ladrón van más allá del simple hurto calificado. Robar es otra cosa: "Atracar y llenar los propios vacíos, los anaqueles que mudos y anhelantes esperaban maravillas llenas de vida que debían ser pescadas con paciencia y serenidad. Violar los espacios cerrados, vulnerar una privacidad que sólo era propiedad excluyente, morir en cada intento y volver a intentarlo después de resucitar". Robar discos, entonces, es un acto en el que se juega el destino. Un acto en que se pone a prueba justamente esa pasión, que excede el comportamiento del estudioso y mero coleccionista. Como un ladrón arltiano, pero en un negocio de discos en lugar de una biblioteca, el ladrón de discos es selectivo, refinado y exquisitamente crítico. Y en esto no hay improvisación.

Como tampoco la hay en la escritura del relato. Sampayo cuenta con una experiencia sólida como narrador. Ha publicado antes una novela policial (*El lado salvaje de la vida*) y, en paralelo a su actividad de crítico literario, fue el guionista del mítico comic *Alack Sinner* (dibujado por José Muñoz). No menos importante es su producción como especialista en jazz, que lo define como enciclopedista a cargo de colecciones que se difundieron en España, Italia y Francia. Es decir, Sampayo sabe de lo que habla cuando habla de jazz. Y también tiene habilidad para encarar sus memorias sin caer en los remilgos complacientes del género, la autoindulgencia idealizadora (p. e. "todo tiempo pasado fue mejor"). Nada de eso. Mientras narra sus epifanías a través de John Coltrane, Miles Davis, Clifford Brown y Thelonius Monk, Sampayo deja fluir los recuerdos de esa "playa lejana" (como nombra a Argentina) que suele ser (vista desde el exilio) "este país de mierda". El rescate del pasado, por supuesto, de esto se trata. Pero con la conciencia de la pérdida de la virginidad ideológica. La evocación del poeta Miguel Angel Bustos o de Haroldo Conti aprobando un robo, recomendando otro, alterna con algunas figuras menos conocidas como la del también poeta y crítico de jazz Guillermo Orce Remis, cuya suerte no fue mejor: "Solo, pobre, homosexual", comenta alguien. Y después: "Terminó vendiendo su discoteca". Sampayo proustiano, dijimos antes. Porque cada disco es una magdalena que rescata tanto el entusiasmo como la fisura. Pero Sampayo no carga las tintas cuando se trata de los quiebres personales: esa intervención quirúrgica que lo mantiene inconsciente un tiempo largo, de la cual casi no sale. Finalmente, como Ismael, nos cuenta su cuento, esta historia. Como otras escrituras signadas por el jazz (Skvorecky, Vian, Kerouac, Cortázar, todas citadas y, a veces, discutidas), la escritura de Sampayo goza del entusiasmo, impone la complicidad y convierte a este libro en una novela de formación caprichosa, arbitraria, difícil de clasificar. A esta exuberancia cabe agregarle todavía una virtud: la ausencia de exhibicionismo que suele detectarse en toda recopilación de recuerdos personales. A Sampayo se le puede aplicar aquello que dice de Orce Remis: "Quizá también fuera un apasionado, pero sabía guardar su intimidad. Se limpiaba las gafas debajo de la mesa".♣

LOS EXPEDIENTES X





Extraños episodios de la vida literaria

El pasado viernes 3, en los alrededores del hotel Claridge, donde iba a entregarse hacia las 21 el Premio Clarín de Novela en su edición 1999, el tráfico era un infierno. En la calle apenas había lugar para los numerosos taxis que traían a los invitados al evento. Invitados, finalistas y ganadores, porque una de las primeras revelaciones fue que *Clarín* había puesto autos a disposición de tres de los diez finalistas, con lo cual la decisión del jurado quedaba más o menos en evidencia. Bastaba con saber cuáles de los finalistas habían venido por sus propios medios y cuáles no. El resultado de las pesquisas que todos emprendieron señalaban al mismo escritor, impecablemente vestido de negro y tan nervioso que no podía sino ser el ganador: Leopoldo Brizuela.

Mientras tanto, la gente se entregaba al placer de la conversación y la maledicencia y, por supuesto, al fragor del champagne. La maledicencia se concentró tanto que, promediando la espera, la luz se cortó en el Claridge y todos los concurrentes temieron lo peor. Pero en pocos minutos la luz volvió a iluminar a los brillantes ramilletes de gente ligada con la cultura y la literatura que ocupaban todos los rincones del salón. Nicolás Rosa y Eliseo Verón, muy cerca del bar, conversaban de bueyes perdidos y de concursos ganados. Juan José Hernández le comentaba a José Tono Martínez, el director del ICI, los pormenores de la novela en la que está trabajando, centrada en las aventuras parisinas del joven tucumano Gabriel d'Iturry (*neé* Iturry), secretario de Montesquiuieu y modelo del Charlie Morel que atormenta al Barón de Charlus en varios de los tomos de *En busca del tiempo perdido*. Arturo Maly recorría el salón (curiosamente, a la misma hora, su hijo estaba en otra presentación de libros).

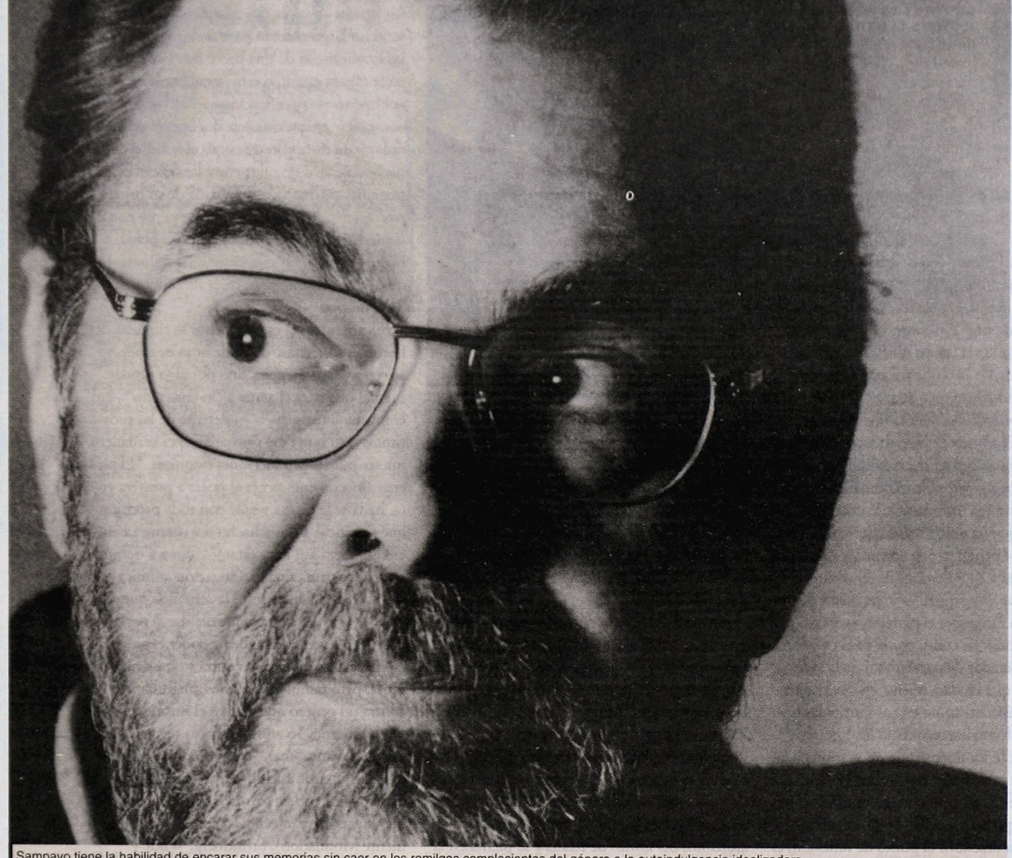
Daniel Divinsky comentaba con la gente los horribles pormenores del asalto que Ediciones de la Flor sufrió recientemente. Menos sombría, Mónica Sifrim contaba los minutos que la separaban del avión que la llevaría a Inglaterra, donde piensa reponerse de las fatigas y las prisas en que la sumió la lectura de los originales presentados al concurso (sabido es que los jurados "de verdad" sólo leen diez de las novelas presentadas).

Condujo la entrega del premio, Magdalena Ruiz Guiñazú, impecable como siempre. Hablaron Marcelo Pichon Riviére ("todas las semanas, nuestro suplemento premia de algún modo a los libros"), la señora Ernestina Herrera de Noble, con su acento deliciosamente anacrónico ("En una sociedad donde a veces se hace difícil el reconocimiento al talento, nos enorgullece proponernos la tarea de descubrirlo y premiarlo") y Pedro Mairal, quien (gracias a su padre abogado) no sólo obtuvo el Premio Clarín de Novela el año pasado, sino un plus de U$S 25.000, porque en el contrato firmado por *Una noche con Sabrina Love* el grupo Clarín "se olvidó" de incluir la cláusula que señala que el monto del premio es un anticipo de derechos de autor.

El ganador, Leopoldo Brizuela, joven profesor platense, agradeció el suculento premio, que satisfizo a muchos de los presentes (Sergio Bizio elogió mucho el original ganador). El editor Guido Indij preguntó en voz baja: "¿Se puede incluir en la misma frase de agradecimiento a las Madres de Plaza de Mayo y a Willy Schavelzon?"

MARITA CHAMBERS

Los discos del perseguidor



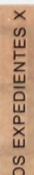
Sampayo tiene la habilidad de encarar sus memorias sin caer en los remilgos complacientes del género o la autoindulgencia idealizadora



MEMORIAS DE UN LADRÓN DE DISCOS
Carlos Sampayo
Norma
Buenos Aires, 1999
284 págs. $ 21

Por GUILLERMO SACCOMANNO La escritura del jazz, se ha dicho, está marcada por la improvisación. Pero esa espontaneidad nunca es gratuita. Según Carlos Sampayo, Louis Armstrong opinaba que lo difícil es contar algo. "Armstrong decía que debe estar detrás de cada solo cuando el solista se dispone a decir su verdad, de lo contrario divaga". *Memorias de un ladrón de discos,* de Carlos Sampayo, es, en este sentido, un solo que cuenta una historia, un solo inspiradísimo que en ningún momento pierde conciencia ni de su historia (la personal, la autobiográfica) ni de la atención del lector (¿o deberíamos decir el que escucha?). En efecto, se trata de un libro de memorias, pero también de "algo" más: un ejercicio proustiano desaforado que a la vez que urde las obsesiones del ladrón de discos de jazz (un devoto compulsivo, un capitán Ahab obsesionado con la aparición de la próxima ballena), urde una historia social y colectiva. Pero, cabe preguntarse: ¿Es *Memorias* un libro de jazz? En efecto, lo es. Pero (como el solo planteado por Armstrong) es también "algo más". Es un pequeño tratado sobre los gustos de una generación que, en lo que va de los 60 a los 70, encontró en el jazz la música que le correspondía a sus cuestionamientos. "El jazz mismo, en mi país, era "ajeno al sentir nacional", escribe Sampayo. "Como el marxismo, el psicoanálisis, la religión judía (y el pueblo que lo practicaba); más tarde también las matemáticas estructurales eran puestas fuera de la ley por decreto porque, explicaría más tarde el responsable de aquel acierto purificador, atentaban contra los postulados de la lógica formal, promoviendo la subversión." Sampayo tenía quince años cuando descubrió el jazz (o el jazz lo descubrió a él). Desde entonces, su pasión por el jazz fue agravándose. Las aventuras del ladrón van más allá del simple hurto calificado. Robar es otra cosa: "Atracar y llenar los propios vacíos, los anaqueles que mudos y anhelantes esperaban maravillas llenas de vida que debían ser pescadas con paciencia y serenidad. Violar los espacios cerrados, vulnerar una privacidad que sólo era propiedad excluyente, morir en cada intento y volver a intentarlo después de resucitar". Robar discos, entonces, es un acto en el que se juega el destino. Un acto en que se pone a prueba justamente esa pasión, que excede el comportamiento del estudioso y mero coleccionista. Como un ladrón arltiano, pero en un negocio de discos en lugar de una biblioteca, el ladrón de discos es selectivo, refinado y exquisitamente crítico. Y en esto no hay improvisación.

Como tampoco la hay en la escritura del relato. Sampayo cuenta con una experiencia sólida como narrador. Ha publicado antes una novela policial (*El lado salvaje de la vida*) y, en paralelo a su actividad de crítico literario, fue el guionista del mítico comic *Alack Sinner* (dibujado por José Muñoz). No menos importante es su producción como especialista en jazz, que lo define como enciclopedista a cargo de colecciones que se difundieron en España, Italia y Francia. Es decir, Sampayo sabe de lo que habla cuando habla de jazz. Y también tiene habilidad para encarar sus memorias sin caer en los remilgos complacientes del género, la autoindulgencia idealizadora (p. e. "todo tiempo pasado fue mejor"). Nada de eso. Mientras narra sus epifanías a través de John Coltrane, Miles Davis, Clifford Brown y Thelonius Monk, Sampayo deja fluir los recuerdos de esa "playa lejana" (como nombra a Argentina) que suele ser (vista desde el exilio) "este país de mierda". El rescate del pasado, por supuesto, de esto se trata. Pero con la conciencia de la pérdida de la virginidad ideológica. La evocación del poeta Miguel Angel Bustos o de Haroldo Conti aprobando un robo, recomendando otro, alterna con algunas figuras menos conocidas como la del también poeta y crítico de jazz Guillermo Orce Remis, cuya suerte no fue mejor: "Solo, pobre, homosexual", comenta alguien. Y después: "Terminó vendiendo su discoteca". Sampayo proustiano, dijimos antes. Porque cada disco es una magdalena que rescata tanto el entusiasmo como la fisura. Pero Sampayo no carga las tintas cuando se trata de los quiebres personales: esa intervención quirúrgica que lo mantiene inconsciente un tiempo largo, de la cual casi no sale. Finalmente, como Ismael, nos cuenta su cuento, esta historia. Como otras escrituras signadas por el jazz (Skvorecky, Vian, Kerouac, Cortázar, todas citadas y, a veces, discutidas), la escritura de Sampayo goza del entusiasmo, impone la complicidad y convierte a este libro en una novela de formación caprichosa, arbitraria, difícil de clasificar. A esta exuberancia cabe agregarle todavía una virtud: la ausencia de exhibicionismo que suele detectarse en toda recopilación de recuerdos personales. A Sampayo se le puede aplicar aquello que dice de Orce Remis: "Quizá también fuera un apasionado, pero sabía guardar su intimidad. Se limpiaba las gafas debajo de la mesa".♣







Extraños episodios de la vida literaria

El pasado viernes 3, en los alrededores del hotel Claridge, donde iba a entregarse hacia las 21 el Premio Clarín de Novela en su edición 1999, el tráfico era un infierno. En la calle apenas había lugar para los numerosos taxis que traían a los invitados al evento. Invitados, finalistas y ganadores, porque una de las primeras revelaciones fue que *Clarín* había puesto autos a disposición de tres de los diez finalistas, con lo cual la decisión del jurado quedaba más o menos en evidencia. Bastaba con saber cuáles de los finalistas habían venido por sus propios medios y cuáles no. El resultado de las pesquisas que todos emprendieron señalaban al mismo escritor, impecablemente vestido de negro y tan nervioso que no podía sino ser el ganador: Leopoldo Brizuela.

Mientras tanto, la gente se entregaba al placer de la conversación y la maledicencia y, por supuesto, al fragor del champagne. La maledicencia se concentró tanto que, promediando la espera, la luz se cortó en el Claridge y todos los concurrentes temieron lo peor. Pero en pocos minutos la luz volvió a iluminar a los brillantes ramilletes de gente ligada con la cultura y la literatura que ocupaban todos los rincones del salón. Nicolás Rosa y Eliseo Verón, muy cerca del bar, conversaban de bueyes perdidos y de concursos ganados. Juan José Hernández le comentaba a José Tono Martínez, el director del ICI, los pormenores de la novela en la que está trabajando, centrada en las aventuras parisinas del joven tucumano Gabriel d'Iturry (*neé* Iturry), secretario de Montesquiuieu y modelo del Charlie Morel que atormenta al Barón de Charlus en varios de los tomos de *En busca del tiempo perdido*. Arturo Maly recorría el salón (curiosamente, a la misma hora, su hijo estaba en otra presentación de libros).

Daniel Divinsky comentaba con la gente los horribles pormenores del asalto que Ediciones de la Flor sufrió recientemente. Menos sombría, Mónica Sifrim contaba los minutos que la separaban del avión que la llevaría a Inglaterra, donde piensa reponerse de las fatigas y las prisas en que la sumió la lectura de los originales presentados al concurso (sabido es que los jurados "de verdad" sólo leen diez de las novelas presentadas).

Condujo la entrega del premio, Magdalena Ruiz Guiñazú, impecable como siempre. Hablaron Marcelo Pichon Riviére ("todas las semanas, nuestro suplemento premia de algún modo a los libros"), la señora Ernestina Herrera de Noble, con su acento deliciosamente anacrónico ("En una sociedad donde a veces se hace difícil el reconocimiento al talento, nos enorgullece proponernos la tarea de descubrirlo y premiarlo") y Pedro Mairal, quien (gracias a su padre abogado) no sólo obtuvo el Premio Clarín de Novela el año pasado, sino un plus de U$S 25.000, porque en el contrato firmado por *Una noche con Sabrina Love* el grupo Clarín "se olvidó" de incluir la cláusula que señala que el monto del premio es un anticipo de derechos de autor.

El ganador, Leopoldo Brizuela, joven profesor platense, agradeció el suculento premio, que satisfizo a muchos de los presentes (Sergio Bizio elogió mucho el original ganador). El editor Guido Indij preguntó en voz baja: "¿Se puede incluir en la misma frase de agradecimiento a las Madres de Plaza de Mayo y a Willy Schavelzon?"

MARITA CHAMBERS

BOCA DE URNA



El misántropo

Los libros más vendidos esta semana en Boutique del Libro (Adrogué)

FICCION

1. El alquimista
Paulo Coelho
(Planeta, $14)

2. El caballero de la armadura oxidada,
Robert Fischer
(Obelisco, $ 9.50)

3. El búho que no podía ulular
Robert Fischer y Beth Kelly
(Obelisco, $ 9)

4. Recuentos para Demián
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 16)

5. A orillas del río Piedra
Paulo Coelho
(Planeta, $ 16)

6. Placeres culpables
Lawrence Sanders
(Emecé, $ 16)

7. Los mejores cuentos argentinos
Sergio Olguín (comp.)
(Aguilar, $ 19)

8. El peregrino
Paulo Coelho
(Planeta, $ 16)

9. Cuentos que me apasionaron
Ernesto Sabato
(Planeta, $ 17)

10. Cuentos para pensar
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 18)

NO FICCION

1. Don Alfredo
Miguel Bonasso
(Planeta, $ 20)

2. La Virgen
Víctor Sueiro
(Atlántida, $ 17)

3. De la autoestima al egoísmo
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 17)

4. Segunda fila
Félix Luna (Planeta, $ 18)

5. Alcanzando el cielo
James Von Praagh
(Atlántida, $ 14)

6. Larousse de los niños
(Larousse, $ 33)

7. Caballo de Troya
J. J. Benítez
(Planeta, $ 25)

8. 70 menúes ricos para Argentina
Karlos Arguiñano
(Debate, $ 19)

9. Educar con la inteligencia emocional
Maurice Elías y Steven Tobias
(Plaza y Janés, $ 13,40)

10. Montoneros
Viviana Gorbato
(Sudamericana, $ 19,90)

¿Por qué se venden estos libros?
"Bonasso hizo furor porque a la gente le interesa todo lo que tiene que ver con los entretelones de la política, un poco para reafirmar lo que ya piensan. Los ejemplares que teníamos del libro de Sueiro los vendimos en un solo fin de semana. Creo que con *La Virgen* ocurre algo parecido a lo que sucede con Nostradamus: esa cuestión de incursionar en el más allá a ver si nos va mejor que en el más acá", dice Susana Martínez, encargada de la Boutique del Libro.



CONTRA LOS PERIODISTAS Y OTROS CONTRAS
Karl Kraus
trad. Taurus
Madrid, 1999
178 págs. $ 15

POR ARIEL DILON Parece inútil, a primera vista, practicar sobre Kraus la más obvia de las ecuaciones: "Dime contra quién estás y te diré quién eres". Porque Kraus está contra todo y contra todos, lo que no deja en pie una silueta que, por la negativa, proyecte su sombra en la pared de enfrente. Y el mismo Kraus tenía conciencia, a la vez, de su ubicuidad y de su "inconsistencia": "Lo que me convierte en una maldición de la sociedad, a cuyo margen vivo, es la brusquedad con la que renombres, caracteres, cerebros se desvelan ante mí, sin que yo tenga que desenmascararlos. Largos años soporta alguien su importancia hasta que yo, en un instante imprevisto, le exonero de ella. Me dejo engañar en tanto quiero. No es asunto mío 'penetrar' a los demás, y ni siquiera me pongo a ello. Pero un día el vecino se toca la frente, sabe quién es y me odia". Suerte de médium escéptico, el perfecto vacío en el centro de todas las cosas, por él pasó como por un acelerador de partículas toda la vida cultural de una ciudad, Viena, en cuya satisfecha hipocresía, así como en sus inusitadas potencias intelectuales, reconoció los signos de una catástrofe inminente que no se tomaría la molestia de presenciar: Karl Kraus (1874-1936) fue el más conspicuo habitante de ese mundo al que hoy parece necesario volver la mirada para descubrir el punto de inflexión, el instante en que las cosas tomaron el cambio de vías de un siglo que, ya próximo a su fin, deja la sensación de que algo se perdió.

No es en absoluto casual que el traductor y compilador de estos aforismos, Jesús Aguirre, haya sido el editor original de ese notable compendio de ideas y personalidades que es *La Viena de Wittgenstein* de Janik y Toumlin. En el índice onomástico de ese libro en el que se reencuentran los nombres de Freud, Musil, Loos, Schönberg, Klimt, Mach, Schnitzler, Zweig, por citar sólo unos cuantos nombres locales, Karl Kraus tiene más entradas que el mismo Wittgenstein, y su tercer capítulo está dedicado casi exclusivamente a Kraus "y los últimos días de Viena". Cuando se leen los aforismos del librito de Kraus y se piensa en la violencia que sólo tres años después de su muerte azotaría el rostro de Europa, se tiende a identificar esos días como los últimos de la humanidad.



Podría tacharse el género de Kraus de "sátira desesperada", pero en el refinamiento de sus ironías –a veces tan crípticas que es necesario un largo examen para comprender todas las implicancias de una breve frase, como si en la rápida escritura estuvieran comprimidos volúmenes de significación– se adivina que el autor creía en la existencia de lectores preparados para discernir, así como el sentido de sus textos, algo de valor entre las falaces escenografías de una vida despojada de su principio creativo, identificado naturalmente con el verdadero arte, con la poesía, con el pensamiento libre de las coacciones del utilitarismo, de la conveniencia, de la mecanización, de la utopía.

Su misantropía es pasión por lo singular del hombre, su rechazo al feminismo es amor no sólo por las diferencias sino por algo fundamental que para él atañe a "lo femenino" –en la misma línea se halla su defensa de las prostitutas–, su burla del psicoanálisis es verdadero interés por las producciones psíquicas: "El psicoanálisis desenmascara al poeta a primera vista, nada se le oculta y sabe con toda precisión qué significa'. El muchacho del cuerno maravilloso'. Será así. Pero estamos ahora a tiempo para que resurja una investigación anímica que, al que hable de sexo, le responda que se trata de arte". Y no hay que olvidar al periodismo: "No tener una idea y poder expresarla: eso hace al periodista" es quizá su frase más famosa, pero también la menos sanguinaria contra un género que cultivó él mismo, editando durante 36 años su propia revista, *Die Fackel* (La antorcha), "antiperiódico" en el que colaboraron Liebknecht, Wedekind, Liliencron, Altenberg (otro vienés "impresentable" cuyas *Páginas escogidas* editó recientemente Mondadori), Strindberg, Wilde y Schönberg. El periodismo, en la misma barca con la erudición vacía, el esteticismo exangüe y la política mendaz, es para Kraus un símbolo del extravío de una sociedad que pone más vigor en representarse a sí misma que en encarnar una verdadera fuerza creadora.♣

PASTILLAS RENOMÉ **POR LAURA ISOLA**



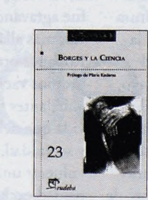
CUENTOS MEMORABLES SEGÚN JORGE LUIS BORGES
Extra Alfaguara
Buenos Aires, 1999
380 págs. $ 19

El recordatorio de Borges ha adquirido, en estos tiempos de aniversarios, una multiplicidad de variantes. Entre las elegidas, las hay genuinas: el Borges oral, el escritor y el lector. Las hay, y muchas, menos felices: las modificaciones en el catastro, los monumentos verbales, los homenajes desatinados y desafinados. *Cuentos memorables según Jorge Luis Borges* es el nombre de la antología que decidió *recordar* al autor que, "excelente lector o, en todo caso, un sensible y agradecido lector", se inclinaba ante páginas memorables. La compilación se hizo en base a la certera pesquisa de la revista *El Hogar*. "Donde su fuego nunca se apaga" de May Sinclair encabeza la lista. En esa publicación el escritor presentó otros nueve títulos de Poe, Chesterton, Conrad, entre otros, y al Infante Juan Manuel y O 'Henry sin especificar preferencia alguna. Los editores eligieron por él pero sin atrevimientos: del primero, la versión medieval de "El brujo postergado" y del segundo, "Los regalos perfectos", único cuento citado por Borges al referirse a su obra.



BORGES. UNA ENCICLOPEDIA
Daniel Balderston, Gastón Gallo y Nicolás Helft
Norma
Buenos Aires, 1999
372 págs. $ 22

"Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar" es el comienzo del cuento "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" de Borges. Es, también, una cita al azar. De las tantas de las que Borges se vale de "La Enciclopedia" como fuente con ese gesto entre erudito e irónico: a medias entre el culto al compendio del saber que practicó el siglo diecinueve y la herejía iconoclasta. Por lo tanto, este libro se define en la misma línea borgeana y reúne en sus setecientas entradas los elementos esenciales del universo de la cultura de acuerdo con la mirada intelectual de Borges. Los autores practicaron la prudencia y la mesura de no incluir datos irrelevantes sobre la biografía del escritor, que el lector agradecerá. Por el contrario, relevaron la totalidad de su obra –que incluye cartas, manuscritos, notas para la preparación de clases y grabaciones– y de sus manifestaciones orales para intentar poner fin a los apócrifos y las atribuciones innecesarias. Y para lo que es mejor: para darnos el libro que contenga a todos los libros.



BORGES Y LA CIENCIA
Sara Slapak (coord.)
Eudeba
Buenos Aires, 1999
152 págs. $ 14

"El riesgo es que la crítica de Borges se vuelva una acumulación que nos fuerce a ver sus historias sólo como juegos vanos" es el epígrafe del trabajo de Humberto Alagia, uno de los doce que integran este volumen. Si lo hacemos extensivo a los demás, parece ser que todos pudieron evitar el peligro de la seducción de "juegos vanos" y lograr la profundidad y el rigor que se impone desde el título de la obra. Para incursionar en la relación, la convocatoria es amplia: un conjunto de académicos de universidades argentinas y extranjeras, de diversas disciplinas ("duras" y "blandas"). La *aparente* "curiosa" pasión de los científicos por la obra de Borges no es tal. Los trabajos reflejan que, ante todo, son atentos lectores de su obra y que ni la mirada ni el lenguaje propio de la disciplina oscurece el placer de la lectura. "La Biblioteca de Babel", de Leonardo Moledo, se interna en los anaqueles del cuento para medir su tamaño mediante cálculos matemáticos. Lucila Pagliai analiza el interés de los científicos por Borges.

Nac & Pop



MAMÁ ME MIMA, EVITA ME AMA
Emilio J. Corbière
Sudamericana
Buenos Aires, 1999.
254 págs. $ 23

POR DIEGO BENTIVEGNA Es probable que la más terminante definición del peronismo sea aquella que John William Cooke diera en un momento en el que lopezrreguismo, isabelismo, menenismo eran aún fantasmas lejanos: el peronismo es el "hecho maldito de la sociedad burguesa". Con todo, es indudable que el movimiento popular argentino ha organizado durante años las constantes del discurso político nacional; ha sido, sobre todo en las épocas de proscripción y exilio, el objeto de deseo de la cultura nacional. La pregunta que el peronismo ha instalado y que ha obsesionado al campo intelectual argentino –a los peronistas y a los antiperonistas– es la de la definición de sí mismo: lo que se han planteado Jauretche, Martínez Estrada, Sabato o Viñas no es la pregunta por el ser, sino por el sentido: ¿qué significan las masas, el general, la sociedad organizada, la morochez, las vacaciones pagas, el cadáver perenne de Evita expuesto durante días a la mirada de la patria?, ¿qué significa eso que se nombra, tautológicamente, con el término "peronismo"?

La respuesta que intenta Corbière, focalizando la política educativa peronista a nivel primario, no resulta en absoluto novedosa: el peronismo significa, en el campo educativo, pero no sólo en él, una ruptura de ciertas constantes de la historia nacional. En este sentido, el libro no se limita al estudio de la educación del (o bajo) el peronismo, sino que sintetiza la historia de la educación argentina y analiza en este marco la especificidad del peronismo en el plano educativo. Para ello, Corbière reconstruye los complejos debates acerca de la educación nacional, desde Sarmiento, Alberdi y Mitre en adelante, y evidencia algo que hoy es sólo una nostalgia: la discusión, ya sea en el interior del aparato estatal, ya sea en las complejas tramas de la sociedad civil (escuelas de y para inmigrantes, bibliotecas populares socialistas y ácratas, sociedades de difusión de la cultura), de diversos proyectos educativos nacionales, con un nivel teórico y de una claridad discursiva que no pueden sino contrastar con el bochornoso vacío que cunde en la discusión política actual.

De alguna manera, la especificidad del peronismo en el plano educativo deriva, de acuerdo con Corbière, de su especificidad en el plano político. Del mismo modo que el peronismo –es necesario repetirlo– no es un fascismo (Corbière ayuda a desmontar este topos de las buenas conciencias políticas argentinas, que sólo pueden ver la identidad, mas nunca la diferencia), el proyecto educativo peronista es irreductible al del idealismo de la reforma de Mussolini o al catolicismo retrógrado de Franco. En rigor, el peronismo construye una voluntad política hegemónica en el plano educativo recuperando y resignificando ciertos núcleos fuertes de la tradición pedagógica liberal, sobre todo su discurso organicista y su constante apelación al panteón político liberal. En efecto, en los textos primarios analizados por Corbière, Perón se pone en relación no con Rosas o los caudillos, como podría ingenuamente suponerse, sino con Rivadavia, Sarmiento y Mitre.

La ruptura, en cambio, está en la apelación constante al presente político y en su insistencia en mostrar a la masa organizada como nuevo sujeto político. En los manuales peronistas –Corbière trabaja fundamentalmente con *Privilegiados* de A. Gutiérrez Bueno (1952) y *Ronda infantil* de M. A. Domínguez (1955)– están los obreros en la plaza, el plan quinquenal, la líder espiritual de la nación, etc. Lo que no se perdona a la pedagogía peronista es su falta de sutileza: estos textos, sobre todo luego de la muerte de Evita, han hecho evidente lo que debiera haberse mantenido oculto; con la pregnancia de la imágenes de Evita y de Perón (y de sus nombres, que se reproducen hasta la extenuación y con los que los educandos aprenden a leer y escribir, descomponiéndolos en sílabas) estos manuales "malditos" no hablan sólo de sí mismos ("mi mama me mima") sino, de una manera absolutamente evidente, de otra cosa, determinante, que pertenece al orden del afuera de lo pedagógico: muestran lo político sin mediaciones.

Posiblemente el mayor mérito de este libro sea que de sus 254 páginas más de la mitad estén dedicadas a la reproducción de páginas y páginas de manuales –no sólo peronistas: están también *El libro del escolar* de Pizzurno (1918), *El sembrador* de Blomberg (1925), *¡Upa!* de Constancio Vigil, *Aire libre* de M. E. Walsh (1967)–, a partir de los cuales se han construido de una manera sólida, seria y coherente proyectos educativos como hoy no se animan siquiera a imaginar ningún ministerio, ningún candidato, ninguna editorial.♣



Estos manuales "malditos" no hablan sólo de sí mismos sino también de lo político sin mediaciones.



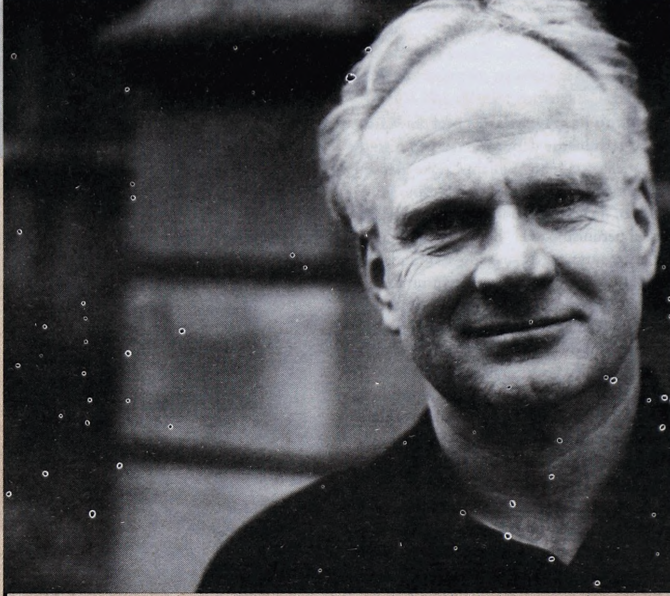
Podría llamarse literatura pulp o clase B o (sin intenciones ofensivas) *chatarra* o, por utilizar un término en boga, bizarra. Eso es lo de menos. La idea es que debe haber una buena dosis de sexo explícito y un estilo más que legible. La colección Reservoir Books agrega ese toque de circulación secreta a sus volúmenes: libritos maleables, bolsilleros y con aires de producción en serie. En esta colección que viene circulando hace un año hay un poco de todo: bueno, malo y regular. Pero quizá se debería estar más atentos a la eficacia de los textos en relación con sus objetivos. A saber: *Fóllame*, de Virginie Despentes, tiene desde su título la obvia intención de calentar a los lectores. La autora, que ahora anda por los 30 años, lo escribió a los 23 y se propuso hacer una especie de "*Thelma y Louise* en versión grunge". Para ejecutar su *opus* recurrió a una escritura descriptiva de guión cinematográfico. A medida que se avanza en la lectura quedan dos cosas claras: la manera de producir deseo es reproducir el mecanismo de los videos porno –inclusive, en la primera escena del libro una de las chicas protagonistas está viendo un video porno donde se describe a una rubia atada a una rueda y "un tipo con gafas la masturba enérgicamente con un plumero". Bien. Lo otro, es que Mmlle. Despentes está fingiendo todo el tiempo (casi tanto como una actriz de película porno) que cree en lo que está haciendo. Calificación: inimputable.

La vida intermitente, de Ruth Baza, es otra cosa. Hay una interesante propuesta por construir la ficción a partir de una supuesta entrevista a una pareja de músicos. Otra vez, hay que decir, nos encontramos en el terreno del grunge, que en Europa y los Estados Unidos pegó bastante en los noventa, como una nueva forma de mezclar los ingredientes del ya viejo cocktail de sexo & droga & rock. Claro que lo que es la apuesta formal más osada del libro se termina convirtiendo en su cárcel: su estructura dialogada deja la trama flotando en el vacío. En realidad, funciona mejor como una glosa a las diversas etiquetas de la contracultura. Una última puntualización: la colección Reservoir Books (una seguidilla no enfática donde todos los libros, parece ser el mensaje, valen igual) no deja en claro el perfil de lector que buscan. Parece haber un desajuste entre la propuesta de generar objetos de un culto menor, y muchos de los títulos que exhiben, que francamente son subliteratura.

CLAUDIO ZEIGER

Trabajadores zombies

Ulrich Beck es uno de los más destacados sociólogos alemanes. En Buenos Aires presentará su libro La reinvención de lo político *(Fondo de Cultura Económica) y participará en el Goethe Institut del coloquio "Los desafíos de la segunda modernidad" (16 y 17 de setiembre).*


El modelo de trabajos simultáneos de tiempo parcial significa una *feminización* del trabajo remunerado.

POR ULRICH BECK A los sociólogos de la actualidad nos resulta difícil responder a preguntas tan sencillas como, ¿qué es una familia? ¿qué es un hogar? ¿qué significa trabajar? Es que existen determinadas categorías *zombies*: categorías muertas que siguen vivas y nos impiden percibir y afrontar la realidad en la que vivimos, ideas que nos mantienen atados a un pasado que nos vuelve ciegos al porvenir.

Tomemos la familia, por ejemplo. En tiempos de divorcios devenidos en normalidad, los fines de semana coexisten en un mismo matrimonio "tus hijos, mis hijos y nuestros hijos"; asistimos a la peculiar relación posmatrimonial entre padre y madre; a los abuelos se les multiplican los nietos con cada divorcio y con cada nueva unión; los adolescentes vagamente hermanados redefinen sus relaciones fraternales con cada cambio de humor.

Surge así una red polisémica de relaciones familiares. La pertenencia a un grupo familiar ya no se define en términos objetivos, sino subjetivos: familias por opción. ¿Y qué es un hogar? Hoy nos encontramos con múltiples dimensiones que a veces no coinciden del todo. La dimensión social: quién vive con quién. La dimensión económica: quién mantiene a quién. Y la espacial: quién vive dónde. El alto índice alemán de hogares unipersonales (que en las metrópolis de Alemania occidental supera ya el 50 por ciento) nada dice acerca de cómo vive la gente "sola": si está aislada o integrada en una fuerte red, a qué grupo etario pertenece, cuáles son sus problemas.

Estos y tantos otros ejemplos prueban que los procesos contemporáneos de individualización, de pluralización y de globalización (me permito lanzar el término sin mayores explicaciones) modifican las bases de nuestra vida y transforman determinadas ideas directrices en categorías zombies. Tomemos por caso el pleno empleo, una de las categorías *zombie* por excelencia. Mi tesis es que debemos olvidarnos, mal que nos pese, de la idea directriz de una sociedad de plena ocupación y, con ello, de la idea del "ciudadano trabajador" (idea a partir de la cual se entretejió la sociedad del trabajo y la democracia); tenemos que despedirnos de un mundo en el que las cuestiones esenciales de una biografía –la identidad, el status, el ingreso, la seguridad social– se obtenían exclusivamente a través del trabajo remunerado.

Las razones de la desaparición del trabajo de tiempo completo son múltiples; quisiera destacar tres. En primer lugar, el incremento de la productividad lleva a que pierda importancia el trabajo, mientras aumenta la incidencia del capital y del saber. En 1950, cada trabajador alemán abastecía con productos industriales a tres consumidores. Hoy su trabajo alcanza para proveer a doce personas, con un índice de consumo que creció vertiginosamente. Se calcula que en 50 años, del 3 por ciento al 5 por ciento de las personas económicamente activas bastará para garantizar el abastecimiento de toda la población.

El segundo factor que incide en el trabajo es la globalización, que en términos sociológicos supone la desespacialización de los modos de producción. Esto modifica la arquitectura categorial de la sociedad. En el Estado-nación, la coexistencia entre el trabajo, el capital y el Estado se organizaba según el modelo corporativista del "poder de la organización", en el cual los actores colectivos negociaban su participación de la torta económica según determinadas reglas. En cambio, en el juego de poder transnacional, el poder de la organización territorial es subvertido y reemplazado por un poder que opera por elusión. Este poder es superior al territorial: le basta amenazar con la globalización para fortalecer el capital y debilitar el trabajo.

Finalmente, con los nuevos modos de producción también cambia el estatuto del trabajo: la vieja idea del trabajo seguro y de tiempo completo de la posguerra se transforma en *zombie* porque los únicos índices de empleo que crecen en el mundo entero son los del trabajo precario,aquellas formas y modalidades organizadas de manera flexible en cuanto al tiempo, al espacio y a la contratación. Este empleo frágil suele suponer mucho más que un trabajo de tiempo completo, ya que los hombres y las mujeres suelen tener varios trabajos a la vez. Es sabido que esta situación no es nueva para las mujeres, de modo que podemos hablar de una *feminización* del trabajo remunerado. En otros términos: las mujeres están mejor preparadas para este nuevo mundo laboral. A la vez, la utopía neoliberal del mercado frágil conlleva la brasileñipzación del mundo occidental: cada vez más trabajadores del Primer Mundo se acercan a las condiciones de trabajo de los brasileños, verdaderos nómadas laborales que alternan varias ocupaciones.

Antes, los pobres y los desocupados resultaban necesarios en términos técnicos para constituir el "ejército de reserva" del que hablaba Marx; tal vez en el futuro deje de ser así: hoy se habla ya de la "no-clase de los no-trabajadores". Por lo expuesto, cualquier político que prometa que el crecimiento económico traerá trabajo para todos está mintiendo.

Si no queremos que la comunidad democrática se siga desmoronando, la política deberá desarrollar alternativas a la sociedad del trabajo, modelos en que la seguridad, el sentido y la identidad dejen de definirse en virtud del mundo laboral. ♣

Trad. Silvia Fehrmann